

## Docencia y Decencia

Pascual Velázquez

- ¿Y tú?... ¿Por qué callas?
- No callo... sólo escucho.
- Pero... también tendrás algo que decir ¿o no?
- ¿Sobre qué?
- Pues... sobre lo que estás oyendo.

El 23 de diciembre los profesores del Centro de enseñanza asistían a una rutinaria comida que venía celebrándose desde tiempo inmemorial, es decir, hará aproximadamente unos tres años. Finalizada la jornada lectiva, y embutidos en sus utilitarios vehículos, recorrían la ciudad en larga fila, como un manojó de niños que salen de excursión matutina.

El salón era amplio. En goteo continuo iban ocupando los espacios entre dentífricas sonrisas, exagerados aspavientos y cumplidos que, si bien no hacían gala de una sinceridad sentida, no por ello dejaban de ser un canto a la cortesía bien entendida.

- ¿De qué habláis?... —dijo Luisa de Haro desde el otro lado de la mesa—. Oímos vuestro murmullo animado... pero aquí no llegan las palabras que os tienen alterados.
- Nada... mientras Gerardo y yo hablamos... Carlos Cortés pasa el rato mirando y sin gastar palabra... así pues... le preguntaba por su parecer.
- ¿Y cuál es?
- Espera que lo sepa yo... por eso le estoy preguntando.

Carlos Cortés era profesor de lengua y literatura. Solía tener presente aquel dicho que, referido al ser humano, rezaba así: el hombre es el único animal que come sin tener hambre, bebe sin tener sed y habla sin tener nada que decir. Después de sus muchos años dirigiéndose en voz alta a un auditorio de jóvenes estudiantes, dejaba reposar la lengua y suspendía el oído hasta que alguna palabra, desnuda de los ropajes del protocolo, le hacía emerger de nuevo al mundo sonoro.

David, que era el profesor que ahora interrogaba a Carlos, después de 30 años de servicios docentes, se retiraba de la enseñanza adentrándose con emoción en un perío-



do apasionante de su vida: la jubilación. Y lo hacía con el sueldo íntegramente (según consta en el articulado del Reglamento correspondiente).

- Escucha lo que te digo Carlos... para el tiempo que me queda que estar en el convento... pues... me cago dentro.
- Bueno —Dijo Gerardo— pero los que en el convento nos quedamos ... también contamos.
- La dignidad de la docencia depende de la dignidad de los docentes.
- ¡Ala!... ¡ya salió el Carlos con sus desvaríos conceptuales!... creo que no voy a poder seguirte... Te aprovechas de que tengo toda la sangre de mi organismo en torno al estómago y por tanto mi cerebro se encuentra ligeramente desasistido...
- ¿Qué está diciendo ése? —apuntó Felisa encorvándose exageradamente sobre el plato—.

Un solo «¿Eh...?» rumió Celedonio, acomodando sus glúteos al asiento con un ondulante movimiento.

Mientras la histérica Ariadna sentenciaba, con las mejillas bermellón por la ingesta de vino sin moderación:

- ¡No... si ahora resulta que para dar clases a un grupo de estudiantes habrá que...! ¡Me parece a mí que algunos se ponen muy especiales... no siendo otra cosa que presunción... ese aire que se dan de intelectuales!

David templó:

- Haya paz... compañeros... que estamos en Navidad. Y no se me ocurre mejor lugar para hablar ni mejor momento que el actual. Además, fui yo quien reclamó de Carlos su intervención... Explica pues, si pudiera ser sin interrupción, eso de la «dignidad».
- Digo —dijo Carlos Cortés— que las aspiraciones particulares de cada profesor tienen que ajustarse a las necesidades de la institución... y que... debe también ésta responder a los anhelos docentes de cualquier profesor.
- ¡Pues... nada... habrá que ir por el diccionario! —dijo Ariadna—.
- Calla mujer... déjale hablar... ¿y bien...?
- En mi oficio —siguió diciendo Carlos— he admirado al que levantaba la indignada voz clamando por la calidad de la educación y he entendido, con la misma indignación, que a reducción de jornada y elevación de honorarios se reducía su petición. Que el más tonto sale elegido director, que quien no distingue su mano derecha desempeña funciones de tutor, que «coordinación» es una gastada pala-



- bra con la que se justifica el coordinador y que también emplean, los profesores descoordinados, para torearlo hasta la extenuación...
- Protesto Carlos por lo que dices... —dijo con razón Miguel, el director—. Yo tengo que poner en marcha el Centro y, después de empezado el curso, todavía he de esperar que las autoridades educativas, para impartir las asignaturas que aún no lo tienen, se dignen a enviar profesor. Te convocan a reuniones inútiles perdiendo el tiempo en cosas fútiles. Cada mañana suena el teléfono sin descanso para advertir que el hijo de una profesora está enfermo, que otro tiene el coche averiado, que «hay atascos en la entrada a la ciudad», que «he ido a que el médico me reviente un grano» o «¿por qué tengo yo que sustituir al que falta y no ese otro profesor?»...
  - Estamos en nuestro derecho —dijo Luisa de Haro—.
  - ...La actividad que en su turno aglutina... a más gente... es la organización de una comida o una cena docente. Lo cual no está nada mal... aunque... cuando se trata de actividades extraescolares... sálvese quien pueda de tales berenjenales porque requieren mucho trabajo y son poco rentables.
  - ¿Y por qué hemos de hacer nosotros tales actividades?... Además... la educación es cosa de los padres... el centro escolar está para enseñar matemáticas, lengua o ciencias sociales.

La opiniones se superponían envueltas en el humo de la estancia, pareciera que las palabras se amontonaran en las gargantas y una urgente necesidad se debatiera por arrojarlas.

- Y eso sin contar con la enfermedad.
- ¿Enfermedad? ¿Cuál? —dijo Pilar.
- La que podemos constatar a diario.
- Pero ¿cuál es?
- Pues... «El síndrome del funcionario».
- Y... ¿puede saberse su sintomatología...?
- ¡No sólo los síntomas... también su etiología.!
- ¿Y cómo es eso?
- Verás... existe en la Naturaleza una clase de animales llamada «los tunicados». Se trata de pequeños seres con una envoltura externa que les da apariencia de llevar túnica. Tienen una vida sencilla: toman agua del mar y la hacen entrar y salir a través de un filtro interno. Así es como se alimentan y a esto dedican su existencia. Son en sí mismos un aparato digestivo. Pero, cuando se reproducen, sus retoños están dotados de gran inteligencia: pueden recibir y procesar la luz, tienen sentido del tacto y de la orientación, moviéndose en todas direcciones tal como lo hace un renacuajo. Sin embargo, presentan una severa limitación: la



Naturaleza, para encontrar un lugar donde quedar fijados al suelo y poder sobrevivir, les proporciona un cerebro de una hora de duración. Consumen su cerebro en buscar una adecuada ubicación y, una vez que la encuentran, ingieren su propio intelecto y desde ese momento no queda ni rastro de pensamiento.

- Ya... ¿y los descendientes de aquéllos...?
- De mal gusto es esa observación... Mi trabajo me costó llegar dónde he llegado... así que ahora...tranquilidad toca —dijo Pilar con afectación.
- Claro... hay un tiempo en que se emplea la cabeza...
- ... para obtener el título... que da derecho a la pereza.
- ¡Ya está bien! ¡Adónde vamos a llegar si continuamos hablando así! ¡O es que no tenemos bastante con los que, sin razón, nos critican por ahí!
- No sufras mujer... que también tenemos quien nos defienda.
- ¿Quién?
- Los sindicatos de la enseñanza.
- En valiente banda depositas tú tus esperanzas.
- Pues a ellos has de agradecer... tu prestigio social... y la defensa de tu interés profesional.
- ...desertores del trabajo, al menos, aquéllos que conocí en mis tiempos de estudiante. Embaucadores, charlatanes, corporativismo oportunista, pícaros y tunantes.
- ¡No hay quien ponga un poco de cordura entre tanta locura!

Se hizo un silencio momentáneo y la voz grave de David recorrió la alargada mesa de uno al otro lado:

- ¡Camarero!... Haga el favor hombre... otra botella de vino rosado... Entiendo que aunar voluntades tan dispares es un asunto complicado. Que hay quien de este oficio disfruta a diario y para quien este trabajo es sólo un recurso alimentario. Que uno ha de bregar con alumnos y con padres, con inspección y autoridades. Que según el gobierno de turno cambian las prioridades, que la inspección no aporta su ciencia para resolver los problemas y, en el mejor de los casos, los silencia, que podemos estar preparados como un alumno en una excursión coja un resfriado, que impartimos conocimientos que no van más allá de una pérdida de tiempo, que poco puede el centro escolar si no quiere el entorno familiar... en fin... que el sistema educativo es una pieza más donde se engranan la realidad económica, el marco sociolaboral, el sistema político, la legislación penal y el entorno cultural...
- ... ¿Y bien?
- ... Dicho lo cual... digo también que espero todo del maestro y de su enérgica voluntad. Del que procura ganarse el sueldo cada uno de los días de cada curso



escolar. No espero nada del trepa, del vago, del adulator, del envidioso, de la quejosa, del llorón, del catedrático presuntuoso, del palizas, del conspirador. Y lo espero todo del hombre trabajador, del que hace de la docencia un ejercicio de ciencia y de conciencia. ¡Camarero... la cuenta!